



veniencia de transformar la revista en algo más coherente, más sutil, más ingenioso, menos tremendista, menos obsesionado por la temática policíaca. Por ahora, "El Vihora" no descarga su veneno con la debida efectividad; es frustrante que la revista sea algo menos que la suma total de los elementos integrantes. ■
DIEGO A. MANRIQUE.

TEATRO

Teatro y política

A Rolf Hochhuth podrá tal vez discutírsele su calidad como dramaturgo, pero nadie —creo— le negará su capacidad para levantar polémicas. El escándalo llegó ya con su primera obra, *El vicario* (1963), en la que culpaba al mismísimo Pío XII de no haber hecho lo que debía para evitar el exterminio de los judíos



Rolf Hochhuth.

durante el Tercer Reich. Algunos años más tarde, en 1967 (Hochhuth no es lo que se dice un autor prolífico), eligió como nuevo blanco a Winston Churchill para demostrar, en *Soldados*, la doble moral de un estadista a quien los ingleses tenían por poco menos que intocable.

Ahora, después de otro drama como *Guerrillas* (1970) y de algunas comedias, entre ellas *Lisistrata* y *La OTAN* (1973), le ha llegado el turno a otro político, en este caso compatriota del autor, y del que lo último que puede decirse es que está por encima de toda sospecha. Se trata de Hans K. Filbinger, que fue durante doce años jefe de Gobierno del

Land de Baden-Württemberg, uno de los feudos de los cristiano-demócratas, hasta que su propio partido le obligó a dimitir, en agosto de 1978, después de que se hiciesen públicas ciertas actuaciones suyas como juez de la Marina alemana durante la guerra. Pocos días antes de la rendición del Reich, cuando ya sólo se mantenían en pie algunas formaciones militares en Noruega, el juez Filbinger había condenado a muerte a tres marineros que habían desertado a Suecia. Las tardías revelaciones provocaron en la RFA un enorme escándalo político que le costó finalmente el puesto.

Con su nueva obra, escueta-

mente titulada *Los juristas*, que debe estrenarse próximamente en la RFA, Rolf Hochhuth encenderá sin duda otra vez vivas discusiones. Sobre todo, en un año en que uno de esos juristas, Karl Carstens, ocupa nada menos que la Presidencia de la República, mientras que la sombra de Franz Josef Strauss, correligionario de Filbinger, se cierne sobre la Cancillería de Bonn.

Una obra de Ulrike Meinhof

La obra se titula *Bambule* y acaba de estrenarse en un escenario de Bochum. Ulrike Meinhof

CULTURA A LA CONTRA

El hedonismo

NO está de moda pasarlo bien; no parece serio. Lo que mola, dicen, es sufrir cantidad. Y, por lo visto, hacer sufrir a los demás, porque lo uno va con lo otro. Resulta que ya no se puede uno ni fumar un porro por divertirse, sino por militancia. Hay que tener un carnet del partido radical —italiano, por supuesto; el de Lerroux no sirve— para poder tomar drogas blandas, abortar o comer ostras. Son cosas que ya no se pueden hacer por libre y sin poner cara de profunda responsabilidad. Y no hablemos ya de temas mayores, como las drogas duras. Ahí hay que justificarse más y hace falta carnet de adicto, cara de arrepentido y recetario de estupefacientes para conseguir metadona o porquerías similares en las farmacias.

Entonces, parece ser que tenemos que convertirnos en mutantes, en "Obreros especializados", como se llama un buen grupo de "rock" mecánico que hay por aquí, y no sentir, no gozar, no sufrir. Pues no me apetece nada; yo quiero volver a gozar de los simples placeres de la existencia sin moralina incluida, sin preguntarme si está bien o mal, sin justificarme. El otro, un amigo mío del siglo pasado, contaba ya, hacia 1890 o así, que Dios ha muerto y que todo está permitido; pero parece que no se ha asimilado mucho esa historia, que no se cree en la libertad de cada uno para pensar, decir o hacer lo que uno quiera sin tener encima el ojo de Pepito Grillo, advirtiéndole del bien y el mal. Parece ser que no se ha entendido que los seres humanos, si es que existe eso que se llama raza humana, tenemos auténtico derecho a hacer lo que queramos con nuestra vida y nuestro cuerpo sin dar cuentas a nadie.

Cierto que el antihedonismo que nos machaca es una postura realista y consecuente: el mundo en que vivimos se niega de una forma insistente y cabezota a darnos placer, y que buscarlo es como pedir peras al olmo. Pero también es pedir lo im-

posible cuando quieres que te traten bien por la calle, que no te maltraten demasiado, que no te hagan la vida imposible de una manera oficial o extraoficial. Y no hay por qué ser consecuente siempre, o tal vez habría que serlo de otra manera: reivindicando, por ejemplo, no el derecho al sufrimiento, sino el derecho al goce continuo y sin problemas. Reivindicando el derecho a la vida alegre y divertida, como reza el "slogan". Y deberíamos tal vez —siempre tal vez, no estoy seguro, a lo mejor me equivoco— confundir la libertad con el libertinaje, porque a lo mejor el libertinaje es parte de nuestra libertad, algo a lo que tenemos derecho. Yo no sé si el libertino —esto es, el que se plantea la existencia como algo válido en sí y digno de vivirse sin pensar en por qué estamos vivos— es bueno o malo, listo o tonto, pero sé que intenta gozar, y no me parece nada mal. Me confieso hedonista irredento; tampoco trato de hacer una bandera de ello ni le digo a nadie que o goza o lo mataré. Pero no quiero tener que ejercer mi derecho al placer como si fuese a la oficina, porque no me han gustado nunca las oficinas ni las cosas a horas fijas.

Resulta hasta casi estúpido hablar de ello, ser defensor de lo obvio; lo malo es que lo obvio, lo evidente, se olvida demasiado a menudo. Y que el derecho a divertirse, a hacer el amor, a gozar, no está ni en esta Constitución —la que sufrimos los españoles— ni en ninguno de los textos legales que sufren en los demás países del mundo. Y que igual, si defendemos el derecho al placer y al juego, a vivir una vida más plena, nos llaman terroristas, o ácratas irredentos —como antes se decía "liberales irredentos y decimonónicos"—, o pasotas, o cosas igual de feas. Y nos encierran en sordidas mazmorras aplicándonos la Ley de Peligrosidad Social por la cara, como lo hacen todo. ■
EDUARDO HARO IBARS.